

Teléfono Rojo

Estábamos todos un poquitín nerviosos. Y lo estábamos desde la tarde anterior, cuando mi padre nos anunció que, al día siguiente, vendría un técnico de la Compañía Telefónica Nacional de España a instalarnos un supletorio.

¡Un supletorio, nada menos!

A ver, para los que han nacido tarde: un supletorio era un segundo teléfono fijo, lógicamente situado en una habitación diferente de la que acogía el aparato principal. Un supletorio abría infinitas, nuevas y fascinantes posibilidades de conversación telefónica. La primera y principal, la de poder hablar con quien te diera la gana lejos de la atención del resto de la familia, refugiado en «el cuarto del supletorio». Porque el supletorio tenía tanta fuerza, resultaba tan deslumbrante y deseado que, instalado en la biblioteca, el cuarto de la plancha o el cuarto de estudio -¡incluso en el cuarto de baño!- les robaba su denominación habitual para convertir la estancia de turno en «el cuarto del supletorio». La de confidencias, suspiros, promesas y piadosas mentiras que habrán escuchado las paredes del cuarto del supletorio. También los insultos, llantos, desplantes y amenazas, claro está; pero dejadme que estos últimos los pase por alto, que no están los tiempos para hurgar en el lado tenebroso del ser humano.

Bien es cierto que el supletorio tenía también sus inconvenientes. El principal: al haber ya por fin más de un teléfono en la casa, la conversación mantenida en uno de los aparatos podía ser escuchada subrepticamente desde el segundo. Había que tener, por tanto, un oído

fino como un sedal de pescar y mantener alerta los restantes sentidos para descubrir el leve *clic* que delataba el descolgar del otro auricular. Y, en ese momento, reaccionar de inmediato:

-¡Cuelga! ¡Que estoy hablando por el supletorio! ¡Mamá, que cuelgues!

-Bueno, hija, bueno, ya cuelgo... Pero a ver si acabas, que tengo que llamar al tío Rafael.

-¡Si solo llevo cinco minutos!

-¿Cinco? ¡Cincuenta y cinco, querrás decir! ¡Y el teléfono es de todos, no solo tuyo!

Eso no era exactamente así. La línea telefónica podía ser de todos. ¡Pero el supletorio no! ¡El supletorio era nuestro!

Volviendo al día del estreno: por fin apareció el técnico, que era un tipo moreno y gallardo que se parecía al torero Sebastián Palomo Linares. Llegó a media tarde y, sin hacer el paseíllo ni nada, se puso a hurgar un buen rato en la caja de la acometida para luego, hincándose de hinojos como si fuese a capotear un morlaco de Mihura a porta gayola, fue grapando un cablecito -delgado y amarillento, como un tuberculoso- justo por encima del rodapié del pasillo hasta llegar a la ubicación elegida por mi padre. En este caso, la biblioteca. Allí instaló una nueva roseta y, culminados los preparativos, sacó de su bolsa de bandolera la caja que contenía el nuevo aparato.

La expectación familiar alcanzó su máxima temperatura.

Por fin, sonaron clarines y apareció el bicho.

-Pero ¿qué teléfono es ese, tan raro? –exclamó mi madre, al verlo.

-Es un nuevo modelo, que gusta mucho. Se llama góndola.

-¿Góndola? Qué nombre tan raro para un teléfono.

-Será por la canción de Marisol –apunté yo.

-¿Qué canción?

-La de la vida es una góndola. Gon-gon-góndola...

-¡Tómbola, idiota! –me corrigió mi hermana-. ¡La canción dice que la vida es una tómbola!

-¿Seguro?

-Segurísimo.

-Sabihonda.

-Memo.

-Oiga, ¿y por qué es rojo? –quiso saber mi madre, interrumpiendo nuestra discusión.

-Me viene de familia, señora. Mi abuelo era ferroviario y de la CNT.

-No, usted no, joven. Digo, el teléfono. ¿Por qué es de color rojo?

-¡Ah, el teléfono...! Este nuevo modelo está disponible en cinco colores diferentes –explicó el diestro de la CTNE-. Y lo he traído rojo porque su marido lo eligió rojo.

-¿Y a qué fin? Si no pega con nada en esta casa, donde siempre nos hemos decantado por los sobrios verdes y marrones.

-Lo ignoro, señora.

-¡Pues a mí me encannnta! –declaró mi hermana, con los ojos en blanco-. ¡Es súper-moderno!

-Eso es lo que no entiendo: ¿Desde cuándo vuestro padre se ha vuelto tan moderno? ¡Esto me huele a cuerno quemado!

Oiga, joven, ¿y el disco de marcar? ¿Dónde tiene ese aparato el disco de marcar?

-Aquí, señora –indicó el técnico, alzando la pieza superior-. Mire, mire: en el mismo elemento que el auricular. Por eso es tan pequeño. ¿A que es ingenioso?

-¡Pero esto es un sindiós! –protestó mi madre-. ¡No te lo puedes llevar a la oreja y marcar el número a la vez, como se ha hecho toda la vida!

-No, claro que no –admitió el sosia de Palomo Linares-. Primero, se descuelga; luego, se marca; y, por fin, se lo aproxima uno a la oreja, y habla.

-Pues lo encuentro un atraso. Y, además, es muy feo.

-Hay opiniones para todos los gustos, señora. Pero sepa usted que se trata de un diseño italiano. Y, fíjense en el detalle, en cuanto se levanta el auricular, se enciende una lucecita que ilumina el disco desde el interior.

-¿Para qué?

-Pues... para poder marcar los números en la oscuridad.

-¡Eso ya es la bomba hache! –exclamó mi hermana, dando saltitos de emoción-. ¡El despiporre!

-¡Eso lo que es, es una guarrería! –contraatacó mi madre-. Si tienes que marcar un número a oscuras, es porque te avergüenzas de ello. Así que ya lo sabéis: como esta es una casa decente, aquí se marcan todos los números de teléfono con la luz encendida. ¿Está claro?

-Sí, mamá. Pero lo que no puedes negar es que es bonito.

-¡Anda, hija, anda, bonito...! Bonito es el monasterio de Poblet. Ese chisme ni siquiera parece un teléfono. Parece un... no sé... un par de alpargatas gordas, la una sobre la otra. Como cuando estás haciendo la

maleta y pones los zapatos así, uno contra el otro, para que abulten menos.

-Pues a mí me gusta muchísimo –declaró mi hermana, con el mismo arrobo con que hablaría de su cantante favorito-. ¿Cómo dice usted que se llama?

-¿Yo? Sebastián, para servirle, señorita.

-No, no... digo, el teléfono. ¿Cómo era? ¿Tómbola? ¿Bámbola?

-¡Ah! No, no: góndola. Modelo góndola. En Venecia ha causado furor, según me han dicho.

-No me extraña –apuntó mi hermana, embelesada-. Con lo guapos y elegantes que son los italianos...

-Hemos conocido el caso de un gondolero que ha comprado uno de estos y tres mil metros de cable telefónico. Mientras avanza por los canales va devanando el hilo y así, las parejas de enamorados, al tiempo que se besuquean, si quieren pueden llamar por teléfono a su esposa o a su marido.

-¿Pero qué dice usted?

El hombre rió.

-Era una broma, mujer.

-¡Qué broma ni qué broma! ¿Es que no ve que hay niños delante? ¿Cómo se le ocurre hacer ese chiste de tan mal gusto? Ande, ande, termine la instalación de una vez y deje de desgranar obscenidades, operario.

-A la orden de usía.

Diez minutos más tarde, Sebastián salía por la puerta grande dejando instalado nuestro nuevo supletorio góndola rojo.

A pesar de todas las pegadas que le había sacado, mi madre se empeñó en ser ella quien lo estrenase, llamando a su cuñada Pili. Estuvieron hablando cuarenta y nueve minutos, ni uno menos, mientras mi hermana y yo nos mordíamos las uñas esperando nuestro turno.

* * *

En las siguientes semanas, hablar por el supletorio se convirtió en nuestro principal entretenimiento. Ni leer libros ni ir al cine ni ver televisión ni jugar al billar o al fútbolín se le podían comparar. Cada vez que sonaba el timbre del teléfono, mi hermana y yo saltábamos como antílopes en dirección a la biblioteca y luchábamos a brazo partido a lo largo del pasillo por tener la satisfacción de utilizarlo. Por desgracia, cuando llegábamos hasta allí, ya papá o mamá habían descolgado el aparato principal que, aunque para nosotros había dejado de existir, lo cierto es que seguía funcionando.

Aquel teléfono rojo nos cambió la vida.

Mi hermana dejó a su novio y se ligó a otro chico más alto y que también tenía un góndola en casa. Se hinchaban a hablar de tonterías durante horas y horas, de supletorio a supletorio. Se la veía feliz.

Mi madre, por su parte, se apuntó a un curso de arqueología egipcia en la obra social de la Caja de Ahorros y al llegar a casa cada tarde, llamaba a todas y cada una de sus compañeras desde el supletorio para comparar los apuntes sobre Ramsés y Cleopatra.

Yo, en cambio, vivía en la frustración permanente. No tenía novia en aquel tiempo y las conversaciones con mis amigos de clase para

resolver dudas de latín o de matemáticas apenas duraban unos minutos de nada.

* * *

Poco a poco, a lo largo de las siguientes semanas, mi madre y mi hermana se fueron adueñando del supletorio sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo. Se repartían el tiempo de utilización entre ellas, mientras yo me veía relegado a horas cada vez más intempestivas si quería hacer uso del aparato.

Un buen día, me planté y exigí un cuadrante de conversación proporcional.

-Quiero al menos una hora diaria de supletorio para mí solo –fue mi reivindicación-. ¡Y que sea de día! Estoy harto de llamar a las cuatro de la madrugada.

-¿Para qué quieres una hora, si no tienes nadie con quien hablar? – protestó mi hermana.

-Eso es lo de menos. Tengo el mismo derecho que tú a usar el góndola. ¡Reclamo lo que por ley me corresponde!

-Tu hermano tiene razón –concedió mi madre.

-¡Así se habla, mami!

-Pero dictamino que, si no lo utilizas, tu tiempo de conversación nos lo repartiremos tu hermana y yo. He dicho.

Mi hermana sonrió, pensando sin duda que conseguiría apropiarse de mi cuota de supletorio; pero yo no estaba dispuesto a permitirlo, así que, en cuanto llegaba mi turno, simulaba iniciar una conversación que no terminaba sino con el último de los minutos a los que tenía derecho.

Durante los primeros días, todo fue bien. Era aburrido, sí, pero de este modo preservaba intacto mi turno. Mi hermana intentó pillarme in fraganti, entrando en el cuarto del supletorio por sorpresa; pero siempre que lo hizo allí estaba yo, con el góndola en la oreja, simulando conversar.

-Sí, sí... entiendo... ya, ya... ¡No me digas! ¡La leche...!

Como digo, todo fue bien durante un cierto tiempo pero, transcurridas un par de semanas, cierto día, sucedió algo absolutamente sorprendente.

Comenzaba mi turno de supletorio. Había levantado el auricular del góndola y, como cada día, escuchaba el pitido que indicaba que la línea estaba lista para la llamada. Aproximadamente un minuto después, como estaba previsto, el pitido se cortó, al no haber yo marcado número alguno, y llegó el silencio. Hasta ese instante, todo parecía normal.

Sin embargo... transcurridos unos segundos, comencé a escuchar una suerte de sonidos metálicos, algunos de ellos parecidos a chispazos eléctricos y, sin más ni más, llegó hasta mi oído derecho, con toda claridad, un extraño diálogo, mitad en inglés y mitad en ruso.

Sé que se trataba de inglés y ruso porque yo hablo inglés y ruso a la perfección. Ya, ya sé que se trata de una tremenda casualidad, pero la historia del mundo está remendada de casualidades. Hablo inglés con corrección porque he ido al Colegio Británico desde muy niño; y lo del ruso fue cosa de mi abuelo Valentín quien, al terminar la guerra española, se alistó en algo que llamaban la División Azul y lo mandaron a Rusia a luchar contra el ejército de Hitler. Fue hecho prisionero por los soviéticos a orillas del río Voljov, pasó seis años en un campo de reeducación en Siberia y regresó de allí dando vivas a Lenin y dominando

el idioma de Tolstoi. Cuando nací, pese a que entonces en España todo lo relacionado con Rusia y sus países satélites estaba proscrito, él se empeñó en que yo tenía que aprender la lengua rusa y así, desde el primer momento de mi existencia, mi abuelo Valentín me habló en ruso. Cada noche, me cantaba las nanas de Pushkin y me leía los cuentos de Chéjov hasta que me quedaba dormido. Me sé *El tío Vania* de memoria. Hasta su muerte, hace dos años, jamás escuché salir de sus labios una sola palabra en castellano. En consecuencia, yo hablo y entiendo el ruso mejor que Vladimir Putin, modestia aparte.

Volviendo a aquella noche: estuve a punto de colgar, pensando que se trataba de un mero cruce de líneas y que el contenido de aquella conversación no era de mi incumbencia; pero las primeras frases llamaron tan poderosamente mi atención que decidí prestar atención. Se alternaban las frases en ambos idiomas, en boca de dos hombres diferentes: quien usaba el inglés, con un fuerte acento yanqui, poseía una voz nasal y ligeramente aflautada. Por el contrario, el ruso hacía gala de un vozarrón tonante, de resonancias militares. Sin duda, se trataba de alguien acostumbrado a mandar. Entre sus respectivas intervenciones siempre se producía una larga pausa, supongo que para dar tiempo a la tarea de los traductores. Y, a pesar de los años transcurridos, guardo en la memoria cada una de las palabras que escuché de sus labios.

-La soberbia imperialista no conoce límites y el Soviet Supremo opina que hemos de ponerle freno, Richard.

-Siempre la misma matraca, Leonid. ¿Es que no os cansáis?

-Esta vez va en serio. Te llamo para comunicártelo de modo oficial: voy a apretar el botón.

-¡Pero qué dices! No puedes hacer eso, Leonid. Sabes de sobra que, si nos atacas, nosotros contestaremos de inmediato: los B-52, los submarinos Polaris, los misiles ICBM... ¡Será el fin del mundo! No querrás pasar a la Historia como el tipo que ordenó el comienzo del holocausto termonuclear, ¿verdad?

-Eso es solo palabrería capitalista. Me da igual lo que piense la Historia de mí porque, después de la guerra atómica, no quedarán historiadores ni gente que los lea. Una brillante mortaja radiactiva cubrirá la faz de la Tierra durante mil años. ¡Y habrá sido responsabilidad tuya!

-¡Oye, oye! ¿De qué vas? ¡Eres tú el que piensa atacar primero!

-¡Porque vosotros no me habéis dejado otra opción!

-¡Eres un cabezota, Leonid! ¿Te vas a cargar a la humanidad por una cabezonada?

-¡La culpa es tuya!

-¡De eso nada! ¡La culpa es tuya!

-¡Tuya!

-¡Tuya!

-¡Adiós! ¡Que te den morcilla!

-¡Que te la den a ti! ¡Te veré en el infierno!

Clic.

Durante unos segundos, se escuchó a través del hilo telefónico *Los remeros del Volga* en versión de la orquesta de Frank Pourcel y, después, el silencio.

-Ostras... –dije entonces, con la boca más seca que los Monegros.

La cosa no podía estar más clara. Por alguna extraña chiripa tecnológica, quizá por la coincidencia cromática, nuestro góndola rojo se

había cruzado con la línea del famoso teléfono rojo entre el Kremlin y la Casa Blanca. Y yo había sido testigo auricular de la conversación que, con toda seguridad, iba a desatar el final de la civilización humana. La guerra atómica estaba al caer. Y, aparte de los líderes de las dos superpotencias, solo yo lo sabía.

Mi primera reacción fue la de avisar a mi familia para que hiciésemos las maletas y así poder huir y ponernos a salvo. Pero huir... ¿adónde? Era la guerra del fin del mundo. No había refugio posible.

Las siguientes veinticuatro horas fueron para mí de completa desazón. Esa noche dormí debajo de mi cama, aterrado; y, cada dos por tres, me asomaba a la ventaba esperando divisar sobre el cielo ciudadano la silueta del hongo atómico que proclamaría el comienzo del fin de la humanidad. Sabía que era cosa de días, quizá de horas. Y no podía hacer nada. Nada.

¿O tal vez sí?

Al día siguiente, cuando llegó de nuevo mi turno de utilización del góndola, había trazado un plan. Era un plan desesperado, pero era un plan.

Cerré tras de mí la puerta del cuarto del suplitorio y, con el corazón acelerado, alcé el auricular. Llegó a mi oído derecho el tono de marcar, pero esperé hasta que cesó el pitido. Y después, esperé más, pacientemente. Un minuto. Dos. Tres. Quizá no pudiera ser. Tal vez el cruce de ayer fuese una coincidencia irrepetible y todo mi plan sería entonces como escarcha al sol.

De repente, llegaron hasta mi oído los típicos tonos de llamada y el corazón se me lanzó al galope.

-¿Diga? –dijo, entonces, una voz en ruso que reconocí de inmediato.

Forcé mi pulcro inglés para imitar el feroz acento californiano que había escuchado el día anterior.

-¿Leonid? ¿Eres tú? Oye, que soy Richard.

-Sí, hombre, ya lo sé. Si suena el teléfono rojo no va a ser mi cuñada la de Leningrado. Pero, oye, ¿qué te pasa en la voz? La noto diferente.

-Eeh... anginas. Esta mañana me he levantado con unas anginas así de gordas.

-Vaya fastidio. Aunque, para lo que le queda al mundo, yo no me molestaría ni en ir al médico.

-De eso, precisamente, quería hablarte, Leonid. ¿Ya has dado la orden de... en fin... ya sabes.

-¿Si he apretado el botón rojo? Pues no, todavía no. Pensaba hacerlo después de desayunar. Es que aquí, en Moscú, son aún las siete de la mañana. Me has pillado en la ducha. De hecho, estoy en paños menores, ya ves tú.

-Vaya, lo... lo siento.

-Y bien. ¿Qué querías?

Ahora llegaba lo importante. Carraspeé antes de continuar. Y lo hice en ruso.

-Realmente, Leonid, te llamo solo para despedirme de ti.

La sorpresa del líder soviético se intuyó notable.

-¿Qué oigo? ¿Desde cuándo hablas ruso, Richard?

-Llevo estudiándolo unos meses, en secreto –mentí-. Con un curso por correspondencia de la academia CEAC. Pensé que así podríamos hablar directamente, sin necesidad de traductores.

-Entiendo –dijo Leonid, tras una pausa-. Espera un minuto.

Yo sudaba como un minero cuando el ruso volvió a hablar.

-Ya está. He hecho salir al traductor.

-Yo también estoy solo.

-¿Y... bien?

-Verás, amigo Leonid. Te llamo porque quería que supieras que... que cuando el mundo se vaya al garete... te voy a echar de menos.

-¿En serio?

-Sí, Leonid. Lo cierto es que... dejando aparte nuestras diferencias ideológicas... en lo personal he llegado a apreciarte mucho. Mucho. Muchísimo. No sé si me explico.

La siguiente pausa no estuvo motivada por la intervención de ningún traductor.

-Bueno, yo... no sé qué decir, Richard, excepto que... que el sentimiento es mutuo.

-¿En serio? –exclamé-. ¿Significa eso que tú... también me quieres, Leonid?

De nuevo tardó en responder. El tono de su voz había cambiado por completo.

-Sí, Richard. Te quiero. Reconozco que, durante estos últimos años estaba deseando que llegasen nuestras reuniones en la cumbre para poder estrechar tu mano unos instantes y tenerla entre las mías. Y eso de que hayas aprendido ruso para poder hablar conmigo... vaya, nadie había hecho nunca por mí algo tan bonito.

-¡Cuánto me alegra oír esas palabras en tus labios! Pero ahora... vamos a destruir el mundo. Y con él, se volatilizará nuestro amor.

Noté cómo Leonid tomaba aire.

-No lo haré, Richard. Ahora que me has mostrado tus sentimientos, no voy a apretar ese maldito botón. No soporto la idea de no volver a verte nunca más; de no poder besarte en los labios algún día. No. No y mil veces no. No habrá apocalipsis atómico.

-¿Y tus generales? ¿Qué vas a decirles a tus generales?

-No son más que un hatajo de brutos insensibles. Solo piensan en pisotear cabezas y desintegrar al enemigo. Que eres tú, por cierto. Pero no te preocupes. Aquí, el que manda soy yo. Y si digo que no hay ataque, no lo habrá. Prometido.

-Mi corazón salta de gozo al escucharte, Leonid. ¡Oye! Tendremos que organizar una de esas cumbres nuestras para celebrarlo.

-Claro que sí. Y deberíamos elegir un hermoso lugar para ello, ¿no crees? ¿Qué te parece Suiza?

-Suiza. Sí, sí. ¿Basilea?

-¡Oh, qué buena idea, Richard...! Basilea está preciosa en esta época del año. Estoy deseando encontrarme contigo.

-Yo también, Leonid, yo también. Nos veremos muy pronto. Te quiero.

-Yo también te quiero.

-Pero yo, más.

-No, no: yo más.

-No, yo.

-Yo.

-¿Los dos igual?

-Vale. Los dos igual.

Cuando colgué el auricular de mi góndola rojo, me sentí estupendamente bien. Nadie lo sabría jamás; nadie me lo agradecería nunca, pero lo cierto es que yo solito acababa de salvar a la humanidad declarándole mi amor al presidente de la Unión Soviética. Sé que suena raro, pero así fue.

Imagino que mi estratagema se habría descubierto enseguida, pero quiso la suerte que al día siguiente se hicieran públicas las investigaciones de dos periodistas del *Washington Post* que, poco tiempo después, obligaron a dimitir de su cargo al presidente norteamericano. Supongo que, con todo el lío que se armó a raíz de aquello, Leonid Brezhnev y Richard Nixon ya no tuvieron ocasión de volver a hablar a través de su teléfono rojo.

Fernando Lalana